

Ramón Sarró y el Psicoanálisis: Historia del Acercamiento y la Abjuración

Dra. Teresa Sánchez Sánchez

Universidad Pontificia de Salamanca. Salamanca. España.

“Desearía pasar a la historia por mis méritos como psiquiatra, pero a lo largo de mi vida he constatado que cualquier mérito mío palidece ante la gloria de haber sido alumno de Freud. Claro que preferiría que se me recordara como parricida que como alumno. Pero el siglo XX es el siglo de Freud y de los psicofármacos” (Sarró, 1987, p. 13).

INFORMACIÓN ART.

Recibido 6 abril 2016
Aceptado 30 mayo 2016

Palabras Clave
Sarró,
Freud,
Psicoanálisis,
delirios,
mitologemas,
homo demens

RESUMEN

Ramón Sarró fue, junto a Salvador Dalí, el único español que mantuvo una entrevista personal con Freud. Sucedió en 1925 y, al principio, el encuentro fue evaluado por el psiquiatra catalán como “experiencia cumbre”, pero en apenas año y medio devino en decepción y reniego. Su horizonte mental, en vez de abrirse gracias a rutilantes *insight*, fue estrechándose en la vivencia de Sarró. La excesiva ortodoxia observada entre los partidarios y analistas que rodeaban a Freud, pese a la insuficiente demostración de sus postulados y a su hermética actitud defensiva, disuadió a Sarró de continuar en Viena. Regresó de Viena como un ‘antifreudiano’ y, desde entonces, creció su interés por los mitologemas, el estudio de los delirios y la esquizofrenia. Culminó su trayectoria con una visión fenomenológica y mítica del “homo demens”.

Ramón Sarró and Psychoanalysis. From historical Meeting to Abjuration

ABSTRACT

Ramon Sarró was, along with Salvador Dali, the only Spanish who had a personal interview with Freud. It happened in 1925 and, at first, the meeting was evaluated by the Catalan psychiatrist as a “peak experience” but in barely a year and a half, became in disappointment and disown. His mental horizon, instead of opening thanks to sparkling insight was narrowing in Sarró’s experience. Excessive orthodoxy observed between supporters and analysts who surrounded Freud, dissuaded Sarró to continue in Viena. He returned from Viena as an “anti-Freudian” and, since then, his interest in mythologems grew, the study of delusions and schizophrenia. He ended his career with a phenomenological vision and mythical of “demens homo”.

Keywords
Sarró,
Freud,
Psychoanalysis,
delusions,
mythogems,
homo demens

Pese al profundo calado que tuvieron las teorías de Ramón Sarró en la psiquiatría española¹, particularmente en lo referente a la comprensión de los mitologemas contenidos en los delirios

endógenos de los psicóticos, la figura y la trayectoria de Sarró son ampliamente ignoradas en los trabajos que han analizado la historia del psicoanálisis en España en los años previos a la Guerra Civil². Las

¹ Destaca, entre otros textos que se ocupan de este tema, el artículo de Lázaro (1986), y el número monográfico dedicado por la Revista *Anthropos* nº 69 (1987) a analizar su figura y sus contribuciones.

² De hecho, obras como la de Carpintero y Mestre (1984), “Freud en España”, no le dedican espacio alguno. No deja de sorprender que se empañe o se adultere la relación primera y, en cierto modo trascendente, para bien o para mal, que el psicoanálisis freudiano tuvo con el médico catalán Ramón Sarró. Éste merecería tanta atención como Gayarre, Fernández Sanz, Rodríguez Lafora, Sacristán, Villaverde, o Sanchis Banús, dado que muchos de ellos adoptaron ante el freudismo una actitud tan ambivalente como la de Sarró, que gustaba decir que volvió de Viena convertido en un “antifreudiano”.

Correspondencia: tsanchezsa@upsa.es

ISSN: 2445-0928

© 2016 Sociedad Española de Historia de la Psicología (SEHP)

historias oficiales del psicoanálisis –a saber, las realizadas por los propios psicoanalistas– suelen pecar de exceso de institucionalismo, por lo que hacen coincidir el comienzo de la implantación y desarrollo de las ideas freudianas con el de la fundación y puesta en marcha de las primeras instituciones formativas que germinan en España al amparo de la Asociación Psicoanalítica Internacional³. Por su parte, las historias no oficialistas recalcan y se interesan más por la penetración del psicoanálisis en los ámbitos literarios, médicos o jurídicos, sin detenerse tampoco en la figura señera pero sospechosamente obliterada de Ramón Sarró⁴.

Sarró fue el único español que, con la excepción de Dalí, mantuvo una entrevista personal con Freud, como veremos después, y más tarde ocupó un lugar primordial en la Universidad. El hecho de que desde un lugar tan estratégico como su tribuna de catedrático no aprovechara la circunstancia para hacer campaña proselitista de la causa psicoanalítica, sino que, por el contrario, lo hiciera para proponer la revisión o adaptación de las teorías freudianas a la antropología y al existencialismo fenomenológico⁵, no gustó mucho a todos aquellos que, pese al franquismo y contra el inmovilismo ideológico, intentaron implantar el ideario psicoanalítico en España⁶.

Me propongo en este trabajo rescatar del olvido la figura histórica de Ramón Sarró, enunciar las causas de su descontento con el psicoanálisis, y glosar algunas de sus interesantes aportaciones a la comprensión del enfermo psicótico.

La Conversión

Designo con este término religioso el proceso psicológico experimentado por Sarró en 1925, cuando, al leer unas alusiones a Freud y recién terminada su carrera de Medicina, vivió lo que él denominó una “experiencia cumbre” o “una iluminación” que le hizo tomar la irrefrenable decisión de marcharse a Viena a estudiar con Freud. Así lo confiesa, y lo reproduce Valeta:

... me sobrevino como una revelación, una adecuación de una interpretación psicoanalítica para el conjunto de los problemas de mi vida que en aquella época eran agobiantes. Vi una luz nueva, mi pasado conflictivo y mi futuro, puesto que inmediatamente que adquirí el conocimiento de que las concepciones psicoanalíticas eran verdaderas, nació en mí la decisión de ser psicoanalista (1987, p. 9).

Por el modo y la intensidad de la transformación, se aprecia el entusiasmo (en el sentido etimológico de pasión divinizante) que Sarró puso en abrazar prejuiciosamente, aunque sin conocerla aun, tan novedosa teoría. Puede que esta exagerada idealización inicial sea un factor clave en su irrevocable decepción posterior.

El impulso de abandonar su trabajo en España para ir a Viena a emprender su formación psicoanalítica con el propio Freud, le alentó a escribirle. Freud, halagado por encontrar al fin un seguidor médico en su querida España, le anima a trasladarse a Viena. Sarró acepta la propuesta de Freud para analizarse con un psicoanalista fidelísima al maestro, Hellen Deutsch⁷. Tarda poco tiempo en constatar que en su experiencia analítica no se produce ninguna nueva revelación o descubrimiento adicional a los que ya había logrado por sí mismo. Sarró entiende que ello se debe a la excesiva ortodoxia teórica de la analista, que parecía más empeñada en confirmar en cada análisis clínico o didáctico la presencia de los fenómenos postulados por Freud que en analizar los conflictos o dificultades íntimos de su paciente. Algo así como una *petitio principii* que hace inviable el progreso si el discípulo no comulga fanáticamente con la verificación teórica esperada y adviene demostración viviente de la misma.

Pero, además, Sarró admitió que el que Deutsch fuera mujer, procediendo él de un país machista, pudo remover en él sensaciones de incomodidad basadas en la inferioridad, el narcisismo cuestionado o el sometimiento a lo femenino, que condujeron al fracaso de su análisis didáctico. Sarró aspiró a realizar un análisis con Freud y no pudo contentarse con su “objeto sustituto” femenino. En una entrevista con J. Carol confesó:

El análisis con Helena Deutsch no reforzó mis ideas psicoanalíticas (...) Entonces me sentí defraudado al darme cuenta que mi horizonte psicoanalítico en vez de ampliarse se reducía (...). Ya en la época de Viena se enfrió algo mi entusiasmo por el psicoanálisis; en compensación, se abrieron mis horizontes hacia la psiquiatría y la filosofía (Sarró, 1985, p. 5).

La iluminación descrita por él como “contacto espiritual” con Freud, tiene el tono de todas las conversiones religiosas: la necesidad de toparse con algo intelectualmente seguro y compacto, sin fisuras teóricas, y al mismo tiempo emocionalmente transformador, que fuera panacea para los conflictos irresueltos. Pero he aquí que las condiciones ideales reunidas por Sarró para ser un apóstol de la causa que él vive con fervor religioso, sufrieron una mutación por el contacto

³ En efecto, en las historias oficiales sobre el Psicoanálisis en España escritas por miembros destacados, ora de la Asociación Psicoanalítica de Madrid, ora de la Sociedad Psicoanalítica de Barcelona, apenas se hace un breve comentario sobre la postura o actitud de Sarró respecto al psicoanálisis. M.L. Muñoz (1989), como historiadora representante del grupo madrileño, le dedica una mención de pasada, negando o desconociendo el hecho de que Sarró difundió desde su cátedra las ideas freudianas, organizó congresos sobre psicoterapia que concedieron un amplio espacio al psicoanálisis y homenajó a Freud en el centenario de su muerte; amén de que nunca dejó de reconocer el genio freudiano, aun cuando admitiera otras enseñanzas como más decisivas que la del vienés en su trayectoria posterior. Por parte del grupo catalán, Bofill (1987) se limita a hablar de la historia del Psicoanálisis desde que él mismo –primer psicoanalista integrado en la I.P.A.– mantuviera contacto con el susodicho, dándole un cariz marcadamente institucionalista a la trayectoria psicoanalítica. Otro psicoanalista catalán que rastreo sus orígenes, Pérez Sánchez (1984), hace arrancar la prehistoria del psicoanálisis de la década de los '40 del siglo XX, no concediendo a Sarró más que dos líneas de comentario anecdótico.

⁴ De hecho, los estudiosos que se centran en la ‘época de Sarró’ (Glick, 1981, 1982, 1988) se consagran a las figuras tópicas de siempre (Cajal, Ortega, López Ballesteros, Dalí, Machado), en cuanto a la filosofía y las artes, y en los médicos ya mencionados en la nota anterior. Glick (1981, p. 10) interpreta que nadie antes de Garma tuvo la valentía de declararse abiertamente freudiano, pues tal osadía hubiera supuesto la muerte o el descrédito profesional en aquel entonces. Sugiere, además, que ningún médico practicaba de forma preferente la psicoterapia de orientación dinámica y, cuando menos, aún admitiendo la relevancia o la revolucionaria aportación de Freud, la aceptaba como un signo de los nuevos tiempos de modernización, pero no como una cruzada ideológica por la que mereciera la pena arriesgar el prestigio profesional. El eclecticismo es la nota dominante en todos los médicos, aún entre los públicamente simpatizantes con el freudismo.

⁵ En uno de los primeros escritos de Sarró a su vuelta de Viena manifestó su ambición de “transportar el vino añejo del psicoanálisis en los odres nuevos de la nueva antropología” (Sarró, 1932, p. 257).

⁶ Carles Egea (1981) clasificó en seis actitudes básicas las que se produjeron respecto al psicoanálisis en España antes de la Guerra Civil, y particularmente hasta la irrupción como psicoanalista con todos los predicamentos de A. Garma en 1931, a saber: 1) actitud meramente de acuse de recibo periodístico, 2) actitud documentada pero cerrada o negativa ante la difusión de las ideas, 3) actitud de curiosidad, referencias precoces y promesas incumplidas, 4) actitud de rechazo ideológico por motivos religiosos o morales, 5) actitud de aceptación superficial y 6) actitud proselitista. La de Sarró es claramente encuadrable en la penúltima mencionada, ya que, siguiendo a Carles Egea esta postura “es la que mantiene el grupo de los grandes maestros de la neuropatología que con pie en la obra cajaliana y en la Histopatología y la Psiquiatría somatista, se adelantan por los nuevos derroteros de la psicodinámica con interés e inquietud informativa y cultural, y aunque no llegan a integrarse en la corriente psicoanalítica, no la rechazan, e incluso asimilan, en parte, y muestran una actitud crítica constructiva” (1981, p. 39).

⁷ En un bonito trabajo de M. Moreau Ricaud (1997), en el que se repasa y reconstruye el viaje que Ferenczi realizó a España en 1928, es decir, a poco del regreso de Sarró de su estancia en Viena, se afirma que Ferenczi llegó a España enarbolando la bandera del psicoanálisis ortodoxo y con el objetivo de captar adeptos a la formación psicoanalítica en alguno de los escasos centros o institutos existentes a la sazón en Europa. En el mencionado trabajo se vierte un dato engañoso, a saber: que Sarró se analizara con Freud en el transcurso de dos tardes (p. 188). Ciertamente Sarró se entrevistó con Freud –tal vez a lo largo de dos tardes–, pero Freud no asumió su análisis, sino que lo reorientó hacia su discípula Deutsch (Valeta, 1987).

directo con la realidad de un grupo psicoanalítico ortodoxo, y dieron paso a una rebelión intelectual y emocional que le acabaron situando cerca del grupo de los proscritos por la corriente central:

...era para mí imposible ignorar que en Viena, aunque la orientación predominante fuera la de Freud, iban surgiendo a un ritmo creciente muchas otras (...) (y) se produjo en mí una evolución que podría calificarse de paradójica, de interesarme más por las ideas de sus adversarios que por las suyas propias (Sarró, 1987, p. 14).

La Abjuración

La decepción de Sarró respecto al psicoanálisis freudiano se produjo en apenas un año y medio. Comprobadas las dificultades reales que Sarró tenía para mantener la mínima convicción teórica y la cooperación consciente necesaria en cualquier proceso psicoanalítico exitoso, Freud recomendó a Sarró que interrumpiera su análisis. “El análisis didáctico me produjo una impresión de superficialidad, como si estuviera perdiendo mi tiempo y mi dinero. En vista de mi actitud, la analista aceptó la interrupción del análisis, si bien haciendo constar que lo consideraba inacabado” (Valeta, 1987, p. 9).

Ello, no obstante, no motivó la animadversión o el enfado de los restantes miembros del Instituto Psicoanalítico de Viena. Incluso, pese a su delicada situación de candidato disconforme, fue miembro casi desde su llegada del Comité de Enseñanza de la Asociación Psicoanalítica de Viena (Mediavilla, 1980). Sarró gozó de las simpatías de sus miembros y de mayor libertad de movimientos y contactos que la mayoría, doblegados como estaban por el patriarcado totémico de Freud. Tuvo todos los privilegios, incluido el de visitar la vivienda de Freud y asistir a reuniones de debate. Conoció a la esposa de Freud y obtuvo credenciales de psicoanalista, por lo que pudo recibir en tratamiento algunos pacientes bajo la supervisión de conspicuos psicoanalistas de esa época: Numberg, Reich, etc. Sospecho que Sarró no pudo soslayar que por muy sugerentes que pudieran ser las hipótesis psicoanalíticas en algunas cuestiones, en otras se obstinaban en defender rígidamente postulados no suficientemente contrastados ni en número de casos ni en validez de constructo.

Sarró consideró que el método analítico se interesaba por trivialidades y rara vez profundizaba en lo transpersonal o esencial del hombre como tal; esto es: que el psicoanálisis carecía de una base antropológica que lo sustentara, que sufría de muchas lagunas teóricas así como de grandes deformaciones y exageraciones inductivas, elevando de lo idiográfico a lo nomotético injustificadamente.

El determinismo inconsciente defendido por la metapsicología freudiana, así como el protagonismo excesivo otorgado al complejo de Edipo en la causación de la patología mental, o el envaramiento rígido de los psicoanalistas en su escucha del paciente, le empujaron a buscar alternativas en otras concepciones de la psicoterapia.

Antes de abandonar Viena en 1928, asistió al Congreso Anual de Psiquiatría Alemana, celebrado allí mismo, en el que se debatió el tema de la esquizofrenia. En dicho contexto tuvo lo que se puede calificar de “segunda revelación”: la posibilidad de que en los delirios esquizofrénicos existan unos temas universales comunes, lo que andando el tiempo desembocaría en su teoría de los mitologemas.

En Viena todavía, desprendido ya de la exigencia de abstinencia intelectual impuesta a los discípulos durante su análisis, Sarró se abrió a las influencias de la psiquiatría y de la filosofía de la época: Cassirer, Klages, Schilder, Kraepelin, Jaspers, Clerambault, etc. (Valeta, 1987). Su interés por las psicosis, y por la esquizofrenia en particular, se perfila con mayor claridad cada vez, al tiempo que discrepa de la lectura freudiana de la “neurosis narcisista” basada en la explosión libidinal del ello que tropieza con un yo débil e incapaz de contener el aflujo masivo de pulsiones (de vida o de muerte). De otro lado,

su desilusión por lo que juzgaba un error recalcitrante de Freud al tratar de entender la fenomenología de los delirios esquizofrénicos con el mismo instrumental teórico, clínico y técnico utilizado en las neurosis, le orilló irremediamente fuera del freudismo. “Si Freud se hubiese familiarizado con el mundo de los delirios con la misma profundidad que con los sueños, el destino de la psiquiatría habría sido muy distinto y posiblemente nos habríamos ahorrado el cisma actual” (Sarró, en entrevista con Carol, 1985, p. 12).

Su regreso a España se produjo en 1928; la enfermedad de su padre y la aceleración en su desilusión psicoanalítica adelantaron su vuelta. De su estancia en Viena se trajo a España la convicción plena de que lo psíquico influye sobre lo orgánico, ocasionando síntomas psicossomáticos que pueden ser tratados mediante psicoterapia. Su fascinación por la relación psicoterapéutica traspasó, empero, los límites de la modalidad psicoanalítica e incorporó elementos existenciales y fenomenológicos fundamentalmente, que le acercaron a Jaspers, a Heidegger y a Binswanger. De todos ellos extrajo una “reconversión” en la actitud terapéutica: “(...) mi adhesión entusiasta a la psicoterapia, mi convicción inquebrantable de la situación de diálogo profundo entre el paciente y un *experto en el corazón humano*” (Sarró, 1987, p. 14). (Cursiva nuestra)

De Regreso a Barcelona: de la Inspiración al Revulsivo

Su definida vocación hacia la esquizofrenia la materializó en su tesis doctoral, presentada en 1931 y titulada *La psicología de la esquizofrenia. Pensamiento presimbólico y existencia mítica en la esquizofrenia*⁸. Sarró dirigió la sección Biblioteca Antropológica de la Editorial Miracle, desde la que contribuyó a propagar en la psicología, la psiquiatría y la filosofía españolas el pensamiento de clínicos y antropólogos (Adler, Jung, von Weizsäcker, Allers, etc). Desde allí dio entrada a aquellos psicoanalistas que, manteniéndose en la órbita del freudismo ortodoxo, comenzaban no obstante a interesarse por el campo de la psicosis. En este sentido, por ejemplo, prologó la versión española del libro de P. Federn, *Psicoanálisis de la vida moderna* (1933), y asimismo tradujo el *Tratado de las enfermedades del sistema nervioso* de H. Curschman (1932).

A esta primera época pertenece su comunicación a la Sexta Reunión anual de la Asociación Española de Neuropsiquiatría, celebrada en Granada en 1932, titulada *La renovación del psicoanálisis por la nueva antropología*, en la que anunció ante la comunidad psiquiátrica española que el revolucionario filón psicoanalítico se había agotado, por lo que el propio Freud y sus más leales seguidores repetirían monótonamente las mismas conclusiones. En ese foro Sarró propaló ciertas ideas: el pansexualismo freudiano sobrevalorado, la magnificación de los traumas precoces, la orientación genética, etc; todo ello permite sostener la interpretación de que Sarró desconocía la segunda época de los desarrollos teóricos del psicoanálisis: el papel

⁸No podemos dejar de hacer notar que en el mismo año, 1931, otros dos médicos que tuvieron también una relación directa (Ángel Garma) o indirecta (Villamil) con el psicoanálisis, presentaron sendas tesis doctorales sobre el mismo asunto (Sánchez, 2000): la esquizofrenia, incorporando a sus trabajos en clínica y a su acervo de teorizaciones sobre la enfermedad hipótesis psicoanalíticas. La tesis de Garma se tituló *La realidad y el ello en la esquizofrenia* y replicaba duramente la teoría freudiana de las psicosis al postular que el ello no era liberado sin control, sino todo lo contrario: reprimido por la realidad. No obstante, esta tesis rebelde con los planteamientos freudianos obtuvo el beneplácito de los analistas didactas berlineses y de sus supervisores, e incluso le permitió acceder al grado de miembro titular de la Asociación Psicoanalítica de Berlín, lo que prueba que en algunos casos excepcionales, la exigencia de fidelidad a la ortodoxia no era tan dura como en otros, o que Freud -quien aceptó y ratificó el trabajo de Garma pese a su carácter herético con sus postulados- no estuvo dispuesto a enfrentarse a quien todavía en la década de 1930 era su único seguidor español (Mom, 1983). Ya había perdido la ocasión con Sarró y no iba a desperdiciarla otra vez por una discrepancia nimia, fuera en lo metapsicológico o en lo clínico (Lázaro, 1981).

de la agresividad, la segunda tónica, la teoría dinámica de la angustia, etc. En definitiva, por la disertación que realiza en su Comunicación, se colige su detenimiento en la formación relativa a los tópicos freudianos en una fecha anterior a 1914, y por tanto anterior a su propia estancia en Viena y a su contacto personal y discipular con Freud. Incluso se colige que el conocimiento que Sarró mostraba del Psicoanálisis no fuera directo, sino indirecto, esto es: tamizado por la propia visión transmitida por sus discípulos Adler y Jung y por las distorsiones acerca del pensamiento freudiano introducidas por éstos en sus escritos. De hecho, años después, en su *Autobiografía intelectual* (Sarró, 1987) hizo una declaración que corrobora la hipótesis de que Sarró basó su postura antifreudiana no tanto en el conocimiento completo de las fuentes directas, sino en su identificación con las escuelas disidentes y en su lectura indirecta y mediatizada del Freud ambivalentemente aceptado/rechazado por Adler, Jung y otros:

La convicción que se forjó en aquellos años sobre el valor positivo de las escuelas heterodoxas, disidentes del psicoanálisis, se ha acrecentado con los años. Mi opinión actual es la de que a partir de la ruptura de Adler con Freud, la historia del psicoanálisis durante el siglo actual no resulta comprensible presuponiendo una evolución autónoma del pensamiento de Freud, sino reactiva frente a mentes creadoras como la de Adler, Jung, Reich, Rank... (Sarró, 1987, p. 15)⁹.

Aglutina en Barcelona a un conjunto de alumnos, seducidos por su carisma y su espíritu científico, enemigo de dogmatismos. Crea una “escuela sarroniana” que compite en gloria con la escuela de López Ibor en la cátedra de Psiquiatría de Madrid. Las dos principales cátedras de Psiquiatría existentes en España durante el franquismo (la de Sarró en Barcelona y la de López Ibor en Madrid) fueron tibias, cuando no heladas, ante las teorías psicoanalíticas y eso a pesar de que estaban proliferando escuelas de psicoterapia herederas del freudismo pero críticas con la ortodoxia que podrían haber complacido a ambos por sus posibilidades de aplicación al campo de los trastornos mentales.

Cierto es que, en lo referente al psicoanálisis, Sarró no protagonizó nunca una labor proselitista, pero en honor a la verdad ha de afirmarse que tampoco fue reactivo a él¹⁰. Al menos, sus alumnos más directos atribuyen a su antidogmatismo teórico y su eclecticismo filosófico, antropológico, psiquiátrico-clásico y psicodinámico, la tibieza de Sarró ante el psicoanálisis. Dichos rasgos, a su entender, compusieron el perfil de un científico abierto a todas las ideas fecundas o fecundantes, pero le incapacitaron para militar como discípulo hermético o fanático en corriente alguna. La razón del resentimiento que el psicoanálisis oficial le profesó quizá esté en la libertad de pensamiento que siempre

preservó, que no cabe interpretar como ambigüedad teórica ni como ambivalencia emocional. Bermejo dice:

Ramón Sarró en la cátedra de Psiquiatría de Barcelona promovió, estimuló, organizó y aceptó actividades suficientemente documentadas en la revista de su departamento que reflejan un manifiesto diálogo con el psicoanálisis y con los psicoanalistas. Sus cursos del Seminario de la Cátedra de Psiquiatría dan buena cuenta de ellos (...). Ramón Sarró, con todo, aunque promovió este diálogo no consiguió la entrada del psicoanálisis “con todos sus pronunciamientos en la Universidad” (Bermejo, 1995, p. 2).

Bajo su égida se organizó el IV Congreso Mundial de Psicoterapia (Barcelona, 1958), en el que participaron psicoanalistas americanos y europeos, que conmemoraron el centenario del nacimiento de Freud. Siempre lo consideró uno de sus más grandes maestros, pero juzgó que erró al buscar siempre una explicación naturalista y mecanicista a las producciones de la mente, al cerrarse al misterio de los símbolos, al quedar fuera de la verdadera locura, al “buscar en el pasado y en el inconsciente lo que no encuentra en el presente y en la conciencia” (Sarró, 1933, p. 254).

Contribución de Sarró al Estudio de los Delirios

El decidido interés de Ramón Sarró por las psicosis tuvo que ver, no solo con su formación en Viena, sino sobre todo con su trabajo clínico en los distintos centros e instituciones por los que pasó. Sarró consideró a Freud, y por extensión a todo el psicoanálisis ortodoxo, “inexperto en el campo de los delirios” (entrevista con Carol, 1985, p. 12). En otros lugares, declaró su convencimiento de que Freud tenía aversión a la locura, y que además extrapoló su teoría de los delirios esquizoparanoides del análisis de un solo caso (“el del presidente Schreber”, Freud, 1911) al que ni siquiera trató terapéuticamente, y que tan solo analizó patográficamente a través de las memorias escritas por el magistrado austriaco. De un cálculo somero sobre el número de pacientes verdaderamente psicóticos analizados por el fundador del psicoanálisis, Sarró deduce que no sobrepasaron la decena, siendo éstos mayoritariamente abordados a la luz de teorías elaboradas sobre la base del delirio paranoide de Schreber.

La modalidad de indagación histórica exhaustiva, la reconstrucción minimalista del pasado utilizada por Freud, requería invertir un tiempo ilimitado en el estudio de los pormenores vivenciales, subjetivos, fantasiosos, de cada paciente, por lo que metodológicamente las muestras en las que se basan las construcciones teóricas de la clínica analítica ortodoxa son insuficientes.

Por otra parte, Sarró cuestionó que el desencadenante de los delirios sean pulsiones del Ello que chocan contra un Yo débil o desestructurado, incapaz de vehicular las expresiones pulsionales para adecuarlas a las exigencias de la realidad. Se negó también a aceptar que el origen de las psicosis esté en el fracaso de la constitución del narcisismo primario infantil o en vivencias angustiosas de abandono o inseguridad en relación con los padres. Desestimó que el delirio sea una construcción que obedece a pautas del pensamiento infantil o que suponga una regresión temporal o formal al mismo. Igualmente, juzgó impropcedente comparar el contenido de los delirios o su forma de estructurarse, con los sueños. Sarró afirmó que:

El delirio es una creación adulta. El delirio no es un producto de una regresión a la infancia. Ni siquiera la sexualidad tiene importancia (...). Desde el momento que el enfermo ingresa en el mundo delirante tiene lugar una ruptura radical con la biografía y su circunstancia (familia, profesión, vocación, política...) (Sarró, 1985, p. 9).

El énfasis metodológico de Sarró consistió en el *análisis pluricasuístico* y en el *método descriptivo*. Un “por ejemplo” no es una prueba ni un aval suficiente para ninguna teoría: este teorema de Lakatos podría

⁹ En el trabajo anteriormente aludido de Moreau (1997, p. 181) se citan algunos comentarios de Ferenczi sobre su viaje por España, concretamente relativos a su estancia en Barcelona. En ellos se capta el enfado de Ferenczi ante la actitud desdenosa de Sarró que no le recibió ni agasajó como él esperaba en su calidad de emisario o embajador del freudismo en España. El desaire de Sarró y otros neurólogos llevó al húngaro a proferir descalificaciones y quejas sobre los psiquiatras catalanes a los que consideró “más pretenciosos e ignorantes que los madrileños”, y juzga a Sarró “un catalán típico”, entendiendo que esto se relaciona con el inmovilismo físico del psiquiatra, adherido matrimonialmente a la ciudad. El agudo ataque de aparente catalanofobia cabe atribuirse a su irritación con el desdén de Sarró.

¹⁰ Gutiérrez Terrazas (1984, p. 210) no coincide con esta visión, sino que cree que tanto Sarró como López Ibor fueron dos “resistentes” al psicoanálisis, contrarrestándolo de forma dañina, ya que “antes de ser configurado en su desarrollo estaban pensando en su superación, con lo cual se aborta de antemano la posibilidad de creación de un nuevo espacio de saber”. Sarró y López Ibor, a juicio de Gutiérrez Terrazas, sentenciaron a muerte al psicoanálisis sin haberle dado la oportunidad de vivir. López Ibor (1948) expidió su particular certificado de defunción en *La agonía del psicoanálisis* y Sarró adoptó otra modalidad: intentó reconvertir la rotundidad de las ideas psicoanalíticas en fenomenología, quiso neutralizar su fuerza heurística, disipando su carácter de revulsivo y reconvirtiéndolo en un simple tónico para reconfortar el espíritu.

haberlo suscrito Sarró. De igual forma, acudir a escuchar al paciente con prejuicios deterministas (genetistas, como los psicoanalíticos) o con filtros teóricos, solo conduce a una manía etiquetadora.

La clínica psiquiátrica obviamente no le ofreció otra cosa que síntomas. Y a ello se atuvo. El centro de su preocupación no fue la interpretación personal de los hechos, sino la observación ingenua de los fenómenos (...). Así se enfrentó con el problema de la locura misma (...); dejó hablar a los enfermos, a cientos de enfermos, cuyo lenguaje sometió luego a un riguroso análisis fenomenológico (Mediavilla, 1980, p. 116).

Sarró responsabilizó al modelo médico, sostenido por la psiquiatría desde el siglo XVIII, por haberse situado ante los delirios esquizofrénicos como simples “síntomas” de una enfermedad, y por haber limitado la tarea psiquiátrica al diagnóstico sindrómico y a la administración de fármacos o cualquier otro recurso eléctrico o químico que abortara dichos síntomas, sin preocuparse nunca de escucharlos o de entender su lógica interna o su significado. Es más, la psiquiatría biológica padecía, según Sarró (Carol, 1985, p. 13), una auténtica “psicofobia” que le estaba induciendo a alejarse de los delirios, prestando atención tan solo al momento de su aparición, su curso, duración, intensidad o fases (al estilo de la psiquiatría kraepeliniana), pero ignorando su contenido, por creer que éste es solo un producto asignificante y accidental de una mente atrofiada.

Su actitud para con la denominada psiquiatría sociológica o la antipsiquiatría fue igualmente crítica, dado que el desencadenamiento de un proceso delirante nada tiene que ver, a juicio de Sarró, con circunstancias familiares o sociales concretas, por trágicas o extraordinarias que sean. El *alienado* presenta una diferencia que Sarró califica de “ontológica” con cualquier otra persona, incluso si es neurótica. Por tanto, no debe absolutizarse la importancia de los factores histórico-biográficos, familiares o sociales como causantes del delirio; tan solo influirían como factores facilitadores o como creadores de vulnerabilidad, pero no como provocadores de la enfermedad.

El delirio es una radical “Otreidad” aunque sea comprensible a mi juicio (...). Hay que recordar que de la situación y de los conflictos biográficos se da un salto a un campo completamente distinto, también estructurable. No es un caos (en este aspecto soy fiel a Freud). También la locura tiene un sentido, pero éste es nuclearmente extrabiográfico... (Sarró en entrevista con Carol, 1985, p. 14).

La visión que Sarró tenía de las diferentes orientaciones de la psiquiatría (la biológico-organicista-farmacológica, por una parte, la sociológica, por otra, y, por último, la psicologicista encarnada por Freud y derivada de la clínica de las neurosis) era que todas ellas resultaban *psiquiatricidas*, porque todas partían de una visión heterológica, esto es: vertían conocimientos de otras ciencias (biología, sociología o psicología) a su campo de estudio específico, la patología mental. Él propuso, por consiguiente, que la tarea de la psiquiatría fuese “profundizar en la observación más allá de la semiología” (Sarró en Carol, 1985, p. 16), escuchando, describiendo, descifrando el sentido de las manifestaciones delirantes. De este modo, Sarró creyó acotar el verdadero campo autológico de la psiquiatría: explorar el *mundo delirante*¹¹.

El consejo de Sarró es que no convenía temer ni al delirio ni al delirante. El psiquiatra debía acompañar al paciente en el delirio, incluso facilitar su desarrollo y libre verbalización. El delirio es un *viaje* de la mente, en cierto modo una forma de *restitución* (nótese que esta teoría es plenamente freudiana en este punto), o de *salvación* (como prefiere llamarla Sarró) que realiza la mente del esquizofrénico después de haber experimentado una especie de desolación o de aniquilación de toda la realidad del mundo interno y del corte de la comunicación interhumana con el mundo externo (lo que en la jerga psicopatológica se denomina “brote”).

Sarró (1972) postuló que en el comienzo de las psicosis hay una fase nihilista, llamando así a la sensación de vacío catastrófico, de angustia de extinción o aniquilación, que se correspondería con lo que el psicoanálisis freudiano explicaba como escisión del yo, con la consiguiente pérdida de las funciones yoicas (prueba de realidad, delimitación entre el adentro y el afuera, discriminación entre la fantasía y la realidad, fracaso en la adaptación y la decodificación de los apremios externos, etc). Por eso, contemplaba el delirio como una construcción positiva y más evolucionada, que marca una suerte de reconstrucción del mundo interno, aunque recurriendo a un lenguaje y a una estructura que poco tienen en común con el discurso de un adulto normal. En conexión con esto, una tesis doctoral presentada en 1989 en la Facultad de Filología de la Universidad de Barcelona, realizada por Encarnación Laguna Claramonte, y titulada *Esquizofrènia i obsessió: Dos tipus de nivells de discurs* comprueba -con la metodología del análisis filológico comparativo- que los discursos de pacientes esquizofrénicos poseen una coherencia interna que les hace perfectamente comprensibles, siempre que se conozcan y se apliquen las claves adecuadas. Asimismo, se aprecia que el discurso de los delirios esquizofrénicos refleja claramente sistemas estructurados de creencias. Todo ello, a juicio de la autora, vendría a confirmar la teoría sarroniana de los delirios.

El delirio sería, pues, un intento de “repersonalización” de un sujeto que ha vivido una devastadora experiencia de destrucción durante su fase nihilista (Villegas Besora, 1987). Sarró llegó a comparar el panvitalismo romántico con el panvitalismo delirante. Propuso, frente a la visión tanática de Freud, según la cual la conciencia de la muerte y la finitud impregna toda la vida del hombre, una visión *a-tanática*, en la que se refleja como dimensión esencial de los delirios la negativa del hombre a aceptar su finitud (Sarró, 1987). El delirio vendría a ser una forma de reconstrucción del mundo acometida por el enfermo, una manifestación -desadaptada y fuera de la realidad, por supuesto- pero cabalmente vitalista. El delirio queda representado en la perspectiva sarroniana como una *Divina Commedia* con toda su carga de dramatización, de simbología, de significado transpersonal, etc.

El “homo demens”

Postuló Sarró una estructura antropológica subyacente dentro de todos los hombres a la que denominó “homo demens” y que se mantendría filogenéticamente latente en los estratos más profundos del encéfalo. Dicha estructura explicaría el carácter universal y repetitivo de los temas delirantes. En efecto, Sarró descubrió una serie de temas comunes, agrupados concretamente en sus famosos 40 mitologemas, que aparecen en los delirios endógenos y con independencia de otras variables familiares, culturales o personales del enfermo delirante. Este tronco común, de estructura mítico-religiosa¹², verifica la naturaleza transcultural de los delirios. El

¹¹ La tesis doctoral de José Martín Amenábar Beitia, titulada *Ramón Sarró, explorador de los delirios*, presentada durante el curso 1994-95 en la Universidad de Deusto en la Facultad de Psicología, define así la especificidad del campo de la Psiquiatría delimitada por Sarró, así como el rebasamiento del síntoma meramente conductual o verbal, hasta cualquier clase de manifestación artística, literaria o filosófica a través de la cual la estructura mítica se exprese. Aspecto éste último analizado en otra tesis doctoral presentada en la Facultad de Medicina de Barcelona en el curso 1993-94 cuyo autor es Liberto Plana Anglés y cuyo título es *Temática delirante psicótica en psicopatología de la expresión pictórica*. Se comprueban las hipótesis sarronianas sobre la iconología psicótica, así como la concordancia entre el diagnóstico y el tipo de manifestación plástica preferente.

¹² Como puede verse, son notorias las coincidencias de Sarró con las teorías junguianas del inconsciente colectivo y de los arquetipos simbólicos. Sarró denomina “homo demens” a lo primero, y mitologemas a lo segundo, pero para ambos autores y pensadores, el hombre -y en mucha mayor medida el psicótico-, en lo profundo, es un ser radicalmente religioso. A pesar de su admiración hacia Jung y del reconocimiento de su parecido teórico con él, Sarró rehusó ser considerado como

análisis deliriológico de Sarró desembocó en una concepción que podría bautizarse como “teo-cosmo-antropológica” (Villegas, 1987), y cristalizó en los siguientes puntos:

- 1º La temática de los delirios endógenos es uniforme solo patoplásticamente modificada por los factores personales y sociales.
- 2º La temática predominante del delirio no es erótica ni siquiera simbólicamente, sino mítico-religiosa.
- 3º Los temas delirantes pueden clasificarse en 40 unidades que se designan como mitologemas.
- 4º El delirio no es infantil, sino plenamente adulto, es una desviación de la psique adulta.
- 5º El campo delirante es unitario en sus direcciones básicas: escatológica, soteriológica, cosmogónica y panvitalista.
- 6º El delirio no expresa una situación conflictiva biográfica aunque ella haya alcanzado anteriormente una densidad dramática.
- 7º Las fases del proceso delirante permiten una hermenéutica existencial. La sustitución del Ser hacia la muerte por un Ser hacia la vida, inmortal, joven, terrestre y no conflictiva (Mediavilla, 1980, p. 16; Villegas, 197, p. 33).

Su concepción culmina en el *Tratado temático de los delirios endógenos*, obra que vio la luz coincidiendo con su muerte. A la vista de la insistencia sarroniana en la esencia religiosa del hombre se comprende más ampliamente otra cara del rechazo hacia las posiciones materialistas y agnósticas del freudismo: “Freud –afirmaba Sarró- era tan insensible ante el halo de misterio que es inherente al símbolo- en tanto que expresa algo inefable –como ante los aspectos de lo insólito o los valores religiosos” (en entrevista con Mediavilla, 1980, p. 60).

Así mismo, nos brinda una interesante visión de por qué el psicoanálisis no fue plenamente aceptado por la sociedad española profundamente impregnada de catolicismo: “Freud –dice el psiquiatra catalán- es como Nietzsche y en cierto sentido Marx, una reacción y un ataque a los fundamentos de la totalidad de la cultura occidental y no simplemente de una pequeña época limitada histórica y geográficamente” (Sarró, 1936, p. 411).

Referencias

- Anthropos (nº monográfico). (1987). Ramón Sarró. Estructura y dinámica del delirio. *Anthropos*, 69.
- Amenábar Beitia, J. M. (1994). *Ramón Sarró, explorador de los delirios*. Tesis doctoral, Universidad de Deusto.
- Bermejo Frígola, V. (1995). La difusión de las ideas de Sigmund Freud en la España del siglo XX. En AA.VV, *Divulgación cultural del Psicoanálisis* (pp. 5-30). Valencia, España: Promolibro, APM y Club Diario Levante.
- Bofill Tauler, P. (1987). Aspectos históricos de la relación entre el psicoanálisis y la psiquiatría en España hasta 1978. *Informaciones Psiquiátricas*, 108(2º trimestre), 99-108.
- Carles Egea, F. (1981). La recepción del psicoanálisis en España. *Estudios de Historia Social*, 16-17, 27-40.
- Carol, J. (1985). El profesor Ramón Sarró, único español discípulo directo de Freud, crítica a su maestro. *Revista Athena*, (82), 4-16.
- Carpintero, H. y Mestre, Mª. V. (1984). *Freud en España. Un capítulo de la historia de las ideas en España*. Valencia, España: Promolibro.
- Castro, M. (1991). El Dr. Ramón Sarró, toda una etapa de la Psiquiatría. *Revista Psikiatrica*, 1(1), 3-5.
- Glick, T.F. (1981). Psicoanálisis: reforma sexual y política en la España de entre-guerras. *Estudios de Historia Social*, (16/17), 7-25.
- Glick, T.F. (1982). The naked science. Psychoanalysis in Spain (1914-1948). *Comparative Studies in Society and History*, 24, 533-571.
- Glick, T.F. (1988). El impacto del psicoanálisis en la psiquiatría española de entreguerras. En Sánchez Ron, J.M. (Ed.), *Ciencia y Sociedad en España* (pp. 205-221). Madrid, España: El Arquero-CSIC.
- Gutiérrez Terrazas, J. (1984). Apuntes para un estudio sobre la historia del psicoanálisis en España. *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, 4(10), 207-221.
- Laguna Claramonte, E. (1989). *Esquizofrènia i Obsessió: Dos tipus de nivells de discurs*. Tesis doctoral. Facultad de Filología. Universidad de Barcelona.
- Lázaro, J.S. (1986). El Dr. Sarró y la historia de la Psiquiatría. *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, 4(19), 636-649.
- Lázaro, J.S. (1991). La recepción de Freud en la cultura española (1893-1983). *Medicina e Historia*, 41, 1-16.
- López Ibor, J.J. (1948). *La agonía del psicoanálisis*. Madrid, España: Espasa-Calpe.
- Mediavilla, J.L. (1980). *Conversaciones con Ramón Sarró. Psicoanálisis y locura*. Barcelona, España: Editorial Autor/Editor
- Mom, J.M. (1983). Entrevista a los fundadores (I): Ángel Garma. *Revista de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica Argentina*, 5/6, 899-914.
- Moreau Ricaud, M. (1997). Ferenczi en “la bella España”. Contribución a la cuestión de la formación analítica. *Revista de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica de Madrid*, 25, 175-191.
- Pérez Sánchez, A. (1984). Inicis del moviment psicoanalitic de Barcelona. *Revista Catalana de Psicoanálisis*, 1(1), 229-247.
- Plana Anglés, L. (1994). *Temática delirante psicótica en psicopatología de la expresión pictórica. Mitologemas*. Tesis doctoral. Facultad de Medicina, Barcelona.
- Sánchez Sánchez, T. (2000). Noticia de una carta extraviada de Freud al Dr. Villamil (catedrático de Psiquiatría). Sobre una vía abortada de introducción del psicoanálisis en España. *Clínica y Análisis Grupal*, 22 (3), 73-85.
- Sarró, R. (1933). La renovación del psicoanálisis por la nueva antropología. *Revista Médica*, 1933 (nº de septiembre), 252-257.
- Sarró, R. (1936). Valor de las nuevas orientaciones antropológicas para la psicoterapia. *Archivos de Neurobiología*, XVI, 3-6, 405-433.
- Sarró, R., Alberni, J., Fábregas J. L., Torres, J., Trujillo A. (1972). Análisis mitologemático en los delirios esquizoparafrénicos. I parte (Monografía) *Revista de Psiquiatría y Psicología médica de Europa y América Latina*, 6, 298-390.
- Sarró, R., Alberni, J., Fábregas J. L., Torres, J., Trujillo A. (1972). Análisis mitologemático en los delirios esquizoparafrénicos. II parte (Monografía). *Revista de Psiquiatría y Psicología médica de Europa y América Latina*, 7, 363-390.
- Sarró, R. (1987). Tratado temático de los delirios endógenos. Autobiografía intelectual (Dossier Monográfico). *Anthropos*, 69, 13-20.
- Sarró, R. (1990). Mi camino desde Freud y más allá de Freud. *Intus*, II, 101-112.
- Valeta Coma, A. (1987). Trayectoria biográfico-intelectual de Ramón Sarró. *Anthropos*, 69, 8-13.
- Villegas Besora, M. (1987). Marco conceptual de la obra del Dr. Sarró. *Anthropos*, 69: 32-35.

neojunguiano, por pensar que la orientación religiosa de Jung se deslizó hacia la mística y la falta de rigor científico, en tanto que su matiz de intensa religiosidad era un descubrimiento empírico fruto de la observación y la constatación de múltiples casos clínicos. Lo de Jung era una derivación mística y teosófica, especulativa; lo suyo, en cambio, era una conclusión empíricamente fundamentada.